



PROSPECTIVA. Revista de Trabajo
Social e intervención social

ISSN: 0122-1213

revista.prospectiva@correounivalle.edu.c

o

Universidad del Valle
Colombia

Marín Murillo, Mario Alexander

Viajar en carrusel, una ilusión de movimiento

PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, núm. 17, noviembre,
2012, pp. 313-330

Universidad del Valle
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=574261387013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Viajar en carrusel, una ilusión de movimiento

Traveling in a carousel, an illusion of movement

Mario Alexander Marín Murillo*

Resumen

Este artículo desarrolla una reflexión sobre las pautas de interacción que emergen entre un terapeuta y una pareja consultante en el transcurso de un proceso terapéutico. Desde el enfoque sistémico como referente epistemológico, muestra que, de acuerdo con la experiencia que cada participante vive en el proceso y al significado que le imprime, según la historia que cada uno trae al encuentro, se determina el rumbo del proceso y se entreteje un sentido, co-construyendo lo que será este sistema terapéutico y sumando lo que cada uno genera y recibe del otro en función de sus pedidos, deseos y temores como participantes del sistema.

En la reflexión, el autor plantea un ejercicio de auto-referencia, donde se cuestiona la noción de objetividad pretendida en los procesos terapéuticos. Este cuestionamiento se sustenta en concebir dichos procesos como relaciones complejas en tanto hacen parte de las interacciones humanas, las cuales están cargadas de intencionalidades y provistas de deseos, por lo que se hace difícil desconocer la subjetividad que las impregna. Con estos planteamientos se invita a los terapeutas a reconocer que en toda relación está presente su historia como mediadora del relato que se está construyendo, y que ejerce una influencia sobre los procesos que desarrolle.

Palabras Clave: sistema terapéutico, objetividad, observador, relación de pareja, cibernética.

*Psicólogo, Especialista en Intervención con Familias. Psicólogo Junior School Colegio Colombo Británico. Correo electrónico: mariomarin7@gmail.com.

Artículo tipo 3: de reflexión.

Recibido: 18 de febrero de 2012 **Aprobado:** 11 de marzo 2012

Abstract

This paper presents a reflection on the patterns of interaction occurring during consultation between a therapist and a couple receiving therapy. Using the epistemological system approach as a reference, it shows that this course is determined by the experiences that each participant brings to consultation, and therefore a pattern is woven together, co-constructing the course of therapy while each participant generates and receives certain thoughts or concerns according to their needs.

In this reflection, the author proposes an exercise of self-reference, which challenges the notion of objectivity sought in the therapeutic process. This approach perceives such process as being complex, as an image of the complexity of human relations and all their intentions and desires, thus accepting the subjectivity they entail. With this approach, therapists are invited to recognize that the role of mediator of the story is built in all relationships, and that this exerts an influence on the process in progress.

Keywords: therapeutic system, objectivity, observer, couple relationship, cybernetics.

Sumario: 1. Una mirada a la relación observador/observado, 2. La pareja consultante, los movimientos y la observación del terapeuta, 3. El sistema terapéutico, 4. Acepto la invitación a viajar en carrusel, 5. Desde afuera y 6. Referencias bibliográficas.

1. Una mirada a la relación observador/observado

En nuestro ejercicio como profesionales, todo lo que llevamos al encuentro terapéutico, lo que le devolvemos a los consultantes, está tan relacionado con nuestra historia como sujetos como con su historia y su relato; es decir, la mirada que construimos del otro, la manera como desarrollamos el proceso terapéutico, están relacionadas con nuestro abordaje del consultante y el contexto que le moldeamos para intentar entenderlo y para integrar su relato a nuestros deseos o temores como terapeutas, a nuestros imaginarios.

Tanto el terapeuta como los consultantes traen al encuentro en la consulta a su familia, sus creencias, sus costumbres y sus posturas frente a la vida. Esto se despliega en cada gesto y en cada palabra, de acuerdo con la interpretación que el terapeuta elabore sobre el pedido de la familia y lo que cree que debe suceder con ella según la demanda que ha escuchado.

Dadas estas consideraciones, en el presente artículo¹ pretendo reflexionar sobre cómo la interacción entre mis posturas y las de una pareja consultante, con la cual conformé un sistema terapéutico,² me llevó a sentirme atrapado en las lógicas de relación de la pareja, para que en un momento del proceso,³ y en el papel de terapeuta, me sintiera avanzando al ritmo que ellos proponían, y posteriormente me viera obligado a realizar movimientos para salir de ellas, con implicaciones para el proceso terapéutico.

Para respaldar esta reflexión, considero importante resaltar la mirada que presenta Von Foester sobre la posición del observador en el enfoque sistémico, cuando recuerda que los observadores influyen en los sistemas que ellos interpretan. Según Garcíandía (2005: 223), Von Foester “desprende al sujeto del carácter absoluto de su observación sobre el objeto. El conocimiento obtenido no sólo depende de los aportes del sujeto sino que además dependerá de las circunstancias que atañen al observador de esa observación. Desde el constructivismo se plantea un mundo subjetivo en el que se incluye al observador en las descripciones”.

Desde esta postura, la realidad no existe como un mundo allí fuera, sino que es una construcción mental del observador,⁴ construcción que hace de acuerdo con su experiencia con esa realidad, con esa información y con esa pauta que se le está presentando.

Reconocer e introducir esta mirada en la intervención, en la relación y en el proceso terapéutico, ubica al profesional en un lugar distinto al de

¹ El artículo surge como resultado de una reflexión personal del autor frente a un proceso terapéutico de intervención con familias. Es importante mencionar que la reflexión propuesta constituye en sí misma un acto de interpretación que expone la innegable presencia de creencias y significados en la relación que establecemos con los otros; por lo tanto, lo planteado no obedece necesariamente a la verdad del sistema terapéutico.

² Se desarrollará la definición de este concepto más adelante.

³ Proceso terapéutico de diez sesiones, desarrollado en el marco de la práctica supervisada de la Especialización en Intervención con Familias, Escuela de Trabajo Social, Universidad del Valle (2007-2008).

⁴ En el caso aquí analizado, cuando se menciona al observador se hace referencia al terapeuta, aunque se reconoce que la pareja también observa.

tener la única razón y la palabra válida. También permite reconocer que la intervención del terapeuta está más ligada a su visión de la realidad que a la imagen del otro, la pareja. En consecuencia, esta posibilidad tiene implicaciones para la terapia, pues lo que el terapeuta ve en la pareja no existe necesariamente, y hace parte de su percepción e interpretación, de su experiencia con ese fenómeno que observa.

Con el fin de restarle una posición lineal al planteamiento que vengo exponiendo, considero importante reconocer que, si bien esta información es una construcción del terapeuta, en ella también participa la pareja; es una construcción que está atravesada por la participación de los integrantes del sistema terapéutico: consultantes y terapeuta.

Una de las implicaciones más significativas que presenta este escenario es que se empieza a cuestionar la noción de objetividad en la observación, reflejada en las relaciones establecidas por el sujeto. Esta postura está sustentada en la cibernética de segundo orden, según la cual todo cuanto sucede en la interacción afecta a todos los participantes del sistema; toda acción impulsada por el observador impacta en el otro, provocando una reacción que, a la vez, se devuelve al observador generando un movimiento en sí mismo y alimentando su postura y evitando que la relación causa-efecto se agote. La información sobre los efectos retroactúa⁵ sobre las causas, convirtiendo el proceso de lineal en circular: “Yo no soy lo que describo, aunque estoy implicado en lo que describo”.

De igual manera, diferentes autores, como Maturana, Laing, Ceberio y Watzlawick, plantean que la objetividad es una pretensión, integrante de las utopías del ser humano; ello implicaría que, desde esta postura, los objetos (el sistema, la relación) no están por fuera del sujeto, ni éste por fuera de ellos.

Plantear esta condición en términos de la relación terapéutica y su impacto en los procesos se convierte en un punto de interés en el artículo; equivaldría a decir que el terapeuta no está por fuera del sistema, por fuera de la relación, y que su vida y su experiencia de la realidad tienen un impacto en los procesos que realiza; por lo tanto, no puede pretender ser

⁵ Función que posibilita la permanencia y el funcionamiento del sistema. Para el caso del sistema terapéutico, se refiere a la causalidad circular que permite efectos y causas sobre todos los integrantes del sistema.

inmune o impermeable para y desde la pareja con la que se encuentra en interacción, y, de manera significativa, no debe desconocer que su mirada, su postura y su relación con el otro llevan consigo lo más íntimo de sí, pues hacerlo equivaldría a negar su historia, su contexto, su origen.

Los citados autores plantean como “obvio que los terapeutas no estamos exentos de este proceso, la mirada no naif y tendenciosa acerca de los problemas que traen los pacientes a nuestro consultorio hace que escuchemos y que enfoquemos dichos problemas desde una óptica que es posible escuchar: la nuestra”. Consideran que “la mirada no será patrimonio de la objetividad, puesto que sencillamente no existe, es un término aceptado por las ciencias clásicas, pero inaplicable. La mirada subjetiva es la que posibilita generar una interacción terapeuta-paciente con ciertas características, crear el vínculo, transitar el afecto, experimentar la situación, y en este acto poblado de intencionalidad, tratar de encontrar el camino más claro y breve hacia la disminución del sufrimiento” (Ceberio y Watzlawick, 1998: 210).

Por su lado, Garciandía (2005: 142) plantea que “la relación entre el observador y lo observado es una relación en la cual los límites son tenues, sutiles, en ocasiones casi imperceptibles. Sin embargo, la relación no es de dependencia del observador sino que el observador aporta su capacidad conceptualizadora, sus teorías, su cultura, su contexto, en este sentido el sistema co-construye al observador en la relación entablada”.

En definitiva, nuestra naturaleza nos induce a conocer al objeto desde y como somos nosotros; conocer algo implica poner algo de nosotros en el objeto. Desde esta perspectiva, observador y observado están unidos y son interdependientes; esta condición, por supuesto, genera consecuencias e influencias sobre la relación, en este caso sobre los procesos terapéuticos. Este aspecto alimenta el interés de mi reflexión frente a una experiencia terapéutica en particular.

Bajo estas consideraciones teóricas intentaré presentar los distintos aspectos que fueron abordados en el proceso con una pareja. Son aspectos del sistema terapéutico en el cual la pareja, a partir de sus pautas de interacción, me llevó a sentirme atrapado en un carrusel que, cada vez que giraba, me impedía realizar movimientos que les generaran cambios significativos frente a su pedido.

A continuación presentaré los aspectos relacionales más significativos de la pareja participante en el proceso, con la intención de brindarle al lector el contexto y la relación del mismo, tanto con las pautas de interacción establecidas como frente al contrato⁶ que le confiere identidad a su sistema relacional.

2. La pareja consultante, los movimientos y la observación del terapeuta

Es una pareja con veinte años de matrimonio, él, de 46 años; ella, de 45. Tienen tres hijos mayores de edad que ya no se encuentran en la casa con ellos. Él es docente universitario, intelectual, cuya característica especial es su preferencia por lo racional. Ella es artista, se ha dedicado al aprendizaje de la música y la escultura; sin embargo, se ha quedado en casa cuidando de la familia. Considera que su principal terreno de dominio es lo emocional.

Inicialmente, la esposa llega a terapia individual porque presentó un estado de crisis en el que perdió el control y agredió a su esposo, atacándolo físicamente; ella define este evento como “furia e ira mala”. Durante dicho proceso terapéutico manifiesta estar cansada con las situaciones que vive en su matrimonio, las cuales describe como de invalidación y agresión verbal constante por parte del esposo, quien le expresa que es insegura, débil y de poco carácter.

A partir de esta situación, el profesional que la atiende los remite a terapia de pareja. Este es el momento en el que los recibo y asisten conjuntamente a la primera cita. El motivo de consulta que presenta cada uno es diferente: ella expresa que necesita ayuda para entender lo que le pasa frente a su percepción negativa de sí misma y para que le ayude en la relación con su esposo, quien, según ella, la define como inferior a él. Sin embargo, el elemento más significativo en su relato es la angustia que le genera la intención que le plantea su esposo de establecer relaciones en las

⁶Desde el enfoque sistémico, contrato se refiere a las razones en las que los participantes de una relación fundamentan su unión. Cada relación de pareja, cada participante en conjunto con el otro, construirá su contrato de interacción, en el que estarán condensadas las pautas que los conectan como sistema relacional y al mismo tiempo que definirán las estrategias que van a utilizar para mantenerse vinculados y darle continuidad al sistema. Los deseos, los temores, las necesidades y las expectativas de los sujetos puestas en el encuentro, en el intercambio con el otro, en la relación de pareja, como razón de su unión, del elegirse mutuamente, alimenta el contrato de la pareja.

que ella no esté presente. (No se refiere solo al campo amoroso, también a aspectos generales de interacción).

Por su lado, él plantea que el motivo de consulta son las dificultades que tiene la esposa frente a los cambios que ha debido enfrentar al atravesar la etapa del nido vacío y asumir dificultades frente a su retiro de las actividades en la universidad; considera que su tarea es acompañarla en el proceso terapéutico mientras así se requiera y porque ella lo pide, pero que no considera que como pareja estén enfrentando una crisis que pueda generar riesgos de separación.

En la primera entrevista, observo que cada uno tiene la necesidad de convencer al otro de aceptar su estilo de vida y las condiciones que plantea para construir un nuevo estilo o un nuevo contrato –situación que está generando un fuerte conflicto acompañado de sentimientos de rabia mutua.

Esta condición se ve reflejada en las interacciones que los participantes de la relación traen a la consulta: ella reclama permanentemente la presencia constante y la exclusividad de parte de él; lo acusa de querer establecer relaciones diferentes en las que ella es excluida. A la vez, asume una postura de incapacidad, de victimización y de torpeza que alega estar alimentada por él durante toda su vida de pareja.

En diferentes ocasiones, realizo movimientos con la intención de sacarla de esta postura y reconozco nuevas posibilidades para ella, ubicándola en otro lugar. Ella se rehúsa a asumirlas, insistiendo y reafirmandose en su incapacidad. Él, aunque expresa que está dispuesto a quedarse al lado de ella el tiempo que sea necesario para que se tranquilice y acepte que no pretende cambiarla ni introducir nuevas personas en la relación, constantemente la está provocando, expresándole su deseo de abrir la relación de pareja en términos de espacios que le permitan a cada uno respirar y reconocer nuevas opciones de relacionarse.

De hecho, expresa haber logrado quedarse durante un año encerrado en la casa con ella sin buscar nuevos círculos de relación y estar en estos últimos meses a su lado para demostrarle su intención de acompañarla; sin embargo, no deja de plantear que quisiera conocer gente diferente. Ella reconoce sus cambios y sus esfuerzos; no obstante, se siente angustiada y molesta cada vez que él menciona su deseo de abrir la relación.

Durante el proceso terapéutico observo de manera constante la presencia de esta pauta como generadora de tensión, en la que él, a la vez que la invalida, plantea la posibilidad de irse o cambiar la forma de relacionarse, para que ella se angustie y reclame su presencia y su afecto exclusivo, reafirmando su deseo por él.

Para revisar la manera como los aspectos planteados en las consideraciones teóricas se hacen presentes en el proceso desarrollado con esta pareja, considero importante exponer cómo se entiende el sistema terapéutico y la confluencia en éste de diversos factores que influyen de manera decisiva en la forma que adquiere y los movimientos que realiza para responder a las expectativas y las demandas de los participantes (terapeuta y consultantes).

3. El sistema terapéutico

El sistema terapéutico es la relación establecida entre los consultantes y el terapeuta. Ésta se caracteriza por presentar intercambios de posturas y miradas en constantes y diversos movimientos de conexión y separación entre los mismos, los cuales dan cuenta de manera especial de la subjetividad presente en el terapeuta en el momento de vivir el encuentro con los consultantes. Esta relación se caracteriza por un entramado de diferentes factores que la construyen, entre los que se encuentran:

1. El nivel de las construcciones que realizamos: de lo cognitivo, de los significados que se establecen a partir de los intercambios y desde los cuales vamos organizando nuestra intervención, en la que presentamos búsquedas de aspectos emergentes⁷ a partir de lo que imaginamos que está constreñido⁸ y de lo que nos resulta evidente.
2. El nivel de lo afectivo, de lo emocional, de las sensaciones, cuando nos conectamos o no con esas emociones del otro; aquello que me

⁷En sistémica, cuando se habla de *emergencia* se hace referencia a fenómenos nuevos que surgen ante la presencia de otro elemento en la relación. Para el proceso terapéutico se hace énfasis en aquello que la presencia del terapeuta puede ayudar a emerger a partir de su intervención, o que puede reconocer como emergente bajo nuevas condiciones del sistema relacional.

⁸Por su lado, en oposición y a la vez como complemento a lo emergente, lo que está constreñido es aquello que existe pero que no logra salir a la luz, aquellos aspectos que están presentes en la relación pero que permanecen ocultos con o sin intención.

- genera desde su presencia y desde los significados que he establecido en la relación.
3. Los actos concretos de la interacción, del intercambio y la intersubjetividad: desde las creencias, teorías y premisas del terapeuta se construyen las devoluciones, las interpretaciones, las preguntas, lo que dice el terapeuta, lo que dice el otro, en sus niveles digital y analógico del mensaje que se transmite.
 4. La presencia del contexto institucional, las condiciones ambientales en las que se desarrolla el proceso, a su vez, la fuerza de la cultura como factor implícito en las posturas.
 5. Los grados de incertidumbre presentes en toda relación, pero que se agudizan en el sistema terapéutico por el sentido de búsqueda otorgado al encuentro, la posibilidad de cambio presente a través del mismo y el juego que se vive entre las certidumbres y la permanencia, el deseo de estabilidad y de cambio.
 6. El sentido de la terapia. Los consultantes llegan con diferentes pedidos, algunos implícitos, otros explícitos; algunos los pueden nombrar, otros no. Nosotros como terapeutas también desplegamos en la relación expectativas y esperanzas ligadas a nuestra historia, a la lectura que hacemos de estos pedidos.

El sistema tiene presente estos factores, que desde sus particularidades y diversas formas de expresión lo moldean, le dan identidad, y a la vez le otorgan un rumbo al proceso terapéutico. Así lo presentaré a continuación en los relatos del sistema terapéutico al que hago referencia.

Mis interacciones con la pareja me llevaron a conformar un sistema terapéutico que presentó unas características particulares: en dicho sistema se reflejó el lugar que él y ella me otorgaron, el que yo asumí para escucharlos, así como el lugar que les di a partir de mi historia y de mis expectativas, las cuales fueron determinantes en el camino y los movimientos que el proceso presentó; de ese modo se generó un relato dominante que se instauró en el desarrollo del mismo.

A este sistema terapéutico le di el nombre de *carrusel*, que define lo sucedido durante el proceso.

4. Acepto la invitación a viajar en carrusel

En el sistema terapéutico construido con la pareja aparecen, desde las primeras sesiones, la intención de ambos de entrar en un proceso en el que definen el lugar que van a otorgarme como terapeuta; al parecer, éste respondía a las expectativas que tenían, con lo que deseaban que sucediera con ellos como pareja y con las emociones y sensaciones que yo les generaba. Por supuesto, estos movimientos se presentaron en doble dirección porque mi presencia como terapeuta también implicaba poner en juego este tipo de expectativas e intervenir con ellos desde los elementos de mi historia y de acuerdo con lo que significa para mí ser hombre, caracterizado por lo racional, lo intelectual y el poder de la palabra; también a aquello que considero representativo de lo femenino, con mayor énfasis en lo emocional, la sensibilidad y la sutileza en las relaciones. Estos aspectos se conectan fácilmente con las características mencionadas, propias de la pareja consultante.

Estas posturas se encuentran relacionadas con los planteamientos de la cibernética de segundo orden, pues la experiencia que presenta cada uno de los integrantes del sistema terapéutico frente al mismo no es independiente; por el contrario, están interconectadas y tiene efectos sobre la relación que construye con el otro. En este caso, tanto terapeuta como consultantes estamos poniendo nuestros deseos, historias y expectativas en el sistema, a partir de la información que se pone en juego y que cada uno capta frente a sus intereses. Este aspecto influye para que el proceso tome determinado rumbo y no otro.

Es así como, desde la primera entrevista, en la pareja surgen expresiones que, desde una aparente postura de seducción, lo que hacen es reflejar cuestionamientos sobre el papel y el lugar del terapeuta en la relación, por ejemplo: “lo que usted hace nos parece muy difícil, ¿cómo hace para no cansarse?, esto debe ser muy difícil para usted”. Además, en la segunda entrevista plantean, en forma jocosa: “estábamos pensando que vamos a enloquecer al psicólogo”. Todos parecemos entrar en ese juego; la pareja lo refleja en la evasión constante a las preguntas que les formulo, respondiendo desde otro lugar y llevándome consigo hacia donde ellos

quieren ir. Yo acepto la situación con facilidad, preguntando y haciendo devoluciones sobre estas respuestas, dado que las considero como la información válida por ser los elementos que la pareja está presentando y no los que yo introduzco; asumo que sobre ellos es que se debe trabajar.

Como resultado de esta interacción, yo les permito mantenerse en el lugar que ha protegido la relación y no tocar los puntos que les producen real angustia frente a su alianza, pues en la medida en que se sientan cuestionados, su relación se verá amenazada. Ellos evaden y yo los sigo. Creamos un carrusel; creo que nos estamos moviendo, es decir, que estoy generando movimientos importantes para los cambios que debe hacer la pareja frente a las condiciones que les generan daño; sin embargo, lo que hacemos es girar sobre el mismo lugar, alimentar la misma pauta de interacción, y proteger las condiciones que han caracterizado la relación. Tengo la ilusión del movimiento, pero en realidad seguimos detenidos; recorremos los mismos lugares y ratificamos su contrato como pareja; para el caso, moverse no significa avanzar.

Esta interacción se refleja de manera especial con la esposa, quien asiste sola a cuatro sesiones y constantemente responde a mis intervenciones con nuevas y diferentes demandas, con las cuales busca alejarse de la posibilidad de introducir cambios sobre la angustia que la llevó a terapia.

Considerando así el asunto, es preciso plantear que, desde estas intervenciones, yo estaba generando un estado de entropía negativa;⁹ la pareja me ofrece un lugar y yo lo acepto, así que este lugar les permitía seguir manteniendo sus pautas de interacción. Es decir, todos nos subimos a un mismo carrusel —el sistema terapéutico— y llega un momento del proceso en que nos encontramos girando en un movimiento circular y repetitivo que no les estaba significando avances en función del “pedido” que habían llevado a la terapia.

Este hecho se refleja en los estados de ánimo que presentan, pues una semana expresan estar bien y a la siguiente semana se encuentran mal, situación que se repite aproximadamente durante seis sesiones; en la última

⁹ Entropía como capacidad que tiene el sistema para generar movimientos; cuando se pierde la estabilidad aumenta la desviación en relación con un estado anterior, produce cambios. Para el proceso mencionado, en la medida en que las intervenciones los mantenían en el mismo lugar, no generaban posibilidades diferentes; en esa medida se habla de entropía negativa, es decir, permanecen en un estado constante, producto de repeticiones.

entrevista presentaron el mismo pedido y las mismas discusiones que se dieron en la primera sesión, con ello se hizo evidente que habíamos estado dando vueltas y no habíamos resuelto su conflicto. Entonces expresan su angustia frente a la posibilidad de aceptar o rechazar nuevas formas de interacción que implicaban cambiar su contrato inicial. La tensión aún persistía.

Sus características como pareja y como individuos ayudan para que el sistema terapéutico se atraiga, se dé un enganche y todos parezcan quedar atrapados en la imposibilidad de generar movimientos que los lleven a construir nuevas pautas interaccionales, o cambios de segundo orden.¹⁰

El esposo, con una postura racional, con un discurso aparentemente claro y coherente, atrae mi atención, y desde sus relatos asume la función de nombrar aspectos del proceso de una manera fácil y sencilla, lo que ayuda al sistema terapéutico a creer que se están encontrando respuestas. Asume un papel de maestro en la relación que luego se hará manifiesto, pues es interesante observar cómo, aunque en el inicio expresa no querer asistir a la terapia, sí ofrece constantemente información de la vida de la pareja que permite abordar sus interacciones en el proceso.

La esposa, por su lado, en una actitud constante de queja desde su percepción devaluada de sí misma, me realiza demandas constantes, a partir de su necesidad de ser definida y de tener la atención para ella; al parecer, entra en las mismas demandas que hace a su esposo, lo que permite que yo me identifique con él, pero a la vez me lleva a intentar satisfacer estos pedidos que nunca la tendrán satisfecha. En esta medida, como terapeuta, me pierdo y entro en el juego propuesto por ambos para mantener su contrato, pues estos pedidos de ella se me presentan como las respuestas descontextualizadas ante las intervenciones terapéuticas. A su vez, estos aspectos impiden que otorgue o que construya un lugar como terapeuta, pues parece que para ellos existo como estudiante o como hombre, incluso como hijo (según la edad de los consultantes), pero no desde la postura de confianza en las intervenciones que realizo como terapeuta.

¹⁰ Cuando se habla de cambios de segundo orden se hace referencia a que los movimientos en el sistema van más allá de la relación directa causa-efecto, la cual se agota en este último; se refiere a que la intervención haya tenido en cuenta los significados de la familia, las pautas de interacción de todos los miembros del sistema, reconociendo que el movimiento que se imprima en uno de ellos afecta a todo el sistema y viceversa, es decir, tiene en cuenta la circularidad de la relación.

Lo mencionado anteriormente se puede observar en la siguiente interacción:

♂: Bueno, Mario, mira, queremos agradecerte, decirte que aquí colocamos toda nuestra vida, queríamos que vieras situaciones reales de nuestra pareja, algunas fuertes y otras no tanto; espero que todo eso te sirva en tu formación, la intención siempre fue ésa, sabemos que eso es algo que vas a utilizar para tu especialización.

♀: Necesito que me ayudes a volverme de piedra.

T: ¿Por qué cree que yo le puedo ayudar en eso? ¿Cómo?

♀: Pues como es hombre, pero bueno, vuelvo y entiendo, soy yo, no me pueden decir lo que tengo que hacer, no me puede ayudar.... Me voy.

Estas situaciones que ellos me presentan, este tipo de interacciones en las que evitan realizar movimientos que amenacen la continuidad de su relación, se conectan fácilmente con mi postura ante una relación de pareja y con mi historia con la misma, la cual está atravesada por la creencia en la fidelidad, la atracción por las relaciones duraderas y estables, lo que favorece que me suba a este carrusel y construya con ellos el lugar que me están ofreciendo en ese momento: un terapeuta que no los amenace, que no los movilice.

En este punto vale la pena mencionar a Maturana (1996), quien considera, frente a la objetividad, que lo que un sujeto pueda decir como enunciado sobre algo está en íntima conexión con él; así, lo que yo podía observar de la pareja estaba estrechamente relacionado con mi experiencia y los significados construidos en mis relaciones hasta el momento.

El reflejo de mi postura y de mi experiencia como participante de una relación de pareja se manifiesta en el proceso, pues mis preguntas se dirigen a permitirles hablar de otras situaciones que no impliquen pensarse en las condiciones necesarias para establecer su nuevo contrato de pareja, si lo van a asumir o si deciden separarse.

A lo largo del proceso se observa que evito abordar situaciones que les generen conflicto y les implique una separación. Se actualiza mi deseo de decidir, pero a la vez mi incapacidad para hacerlo –aspecto que se conecta

fácilmente con la intención de la pareja y los movimientos que realizan para mantenerse—. Es interesante cómo estos elementos se pueden observar no sólo en lo que pregunté sino también en lo que no pregunté, así como en las intervenciones que dejé de realizar, para evitar confrontarme con mis propios temores.

Por otro lado, participo en la construcción de mi rol como terapeuta en la manera como ellos me asumen, desde el lugar que les otorgo como consultantes y el tipo de intervenciones que realizo a partir de este lugar, puesto que les entrego poder; en el momento en que ellos ponen en duda mi función y mi capacidad, yo entro en su juego, intento mostrarles que sí soy terapeuta, que estoy en la capacidad de asumir su relato, que la postura intelectual del esposo no es una amenaza para la intervención, pero respeto demasiado a la pareja y me pierdo en mi deseo de obtener con ellos resultados favorables.

Sin embargo, llega un momento en el que, a través de la supervisión del caso, logro revisar el sistema terapéutico establecido; allí se reconoce la necesidad de realizar movimientos diferentes y de ayudarme a detener el carrusel, bajarme e intentar imprimirle un rumbo al proceso, que responda a la posibilidad de ayudar a la pareja a reconocer que están haciendo movimientos contrarios a su pedido permanente. Por ejemplo, que es claro que el esposo pide espacios pero está dispuesto a quedarse encerrado con su esposa, y que ella cuestiona los deseos que él presenta de abrir la relación pero acepta sus agresiones como una manera de sentirse reconocida, pues en esta interacción aseguran la continuidad de su relación y no les molesta realmente lo que sucede. Dejar de proponer espacios diferentes y dejar de hacer reclamos implicaría que no hay deseo y que no necesitan al otro y del otro para hacer pareja.

Cuando este ejercicio se realiza, el clima y el ambiente del proceso cambian significativamente; aunque no se presentan los cambios que requería la pareja para tomar decisiones diferentes, se rompe la relación terapéutica establecida. Ella siente que es abandonada por el terapeuta e intenta movimientos para que me vuelva a subir al carrusel, pero dado que esto no sucede, expresa su malestar con los resultados del proceso.

T: Para la próxima sesión puede regresar con su esposo, ya hemos hablado sobre algunas situaciones y creo que podemos continuar con la presencia de él.

♂: Quiero decirte que otra vez me estoy sintiendo muy mal, y físicamente siento punzadas en el cuerpo.

T: Pero ahora me dijo que estaba muy bien, que siente que ya es fuerte.

♂: Bien en general, pero realmente no estoy bien, ¿eso por qué será?

♂: Aquí venimos y hablamos y ¿luego qué, usted no dice nada, esto para dónde va? Yo necesito que me diga algo.

Este es uno de los movimientos que realiza, al invitarme a entrar en el sistema. Responde desde otro lugar a las preguntas que le realizo, expresando nuevas dificultades y conflictos que bien podrían ser tema del trabajo terapéutico, pero a las cuales decido darles otro significado. De igual manera, al terminar esta sesión, se marcha del consultorio dejando su bolso, acto que es interpretado como una manera de mantener el vínculo, de invitarme a subir al carrusel en la medida en que debo buscarla; sin embargo, esto no sucede.

Las siguientes interacciones dan cuenta de los movimientos realizados por mí para detener el carrusel, y los intentos de la esposa por mantenerse en el mismo lugar, es decir, continuar en terapia, mantener el carrusel y mantenerse como víctima en la relación con su esposo:

T: Bien, me alegra, hoy estás bien, eres fuerte. Mira, en una ocasión me dijiste que en tus procesos ciertas cosas se han dicho y se han descubierto, pero que sigues en las mismas; a mí me pasa que aquí hablamos, me cuentas cosas, pero no veo que avances, también yo sigo en las mismas. ¿Qué crees que debe pasar aquí para que eso no siga siendo igual?

♀: A ver, pues sí, yo a veces pienso y creo que en este momento lo que me está haciendo sentir fuerte es ver que él está tomando conciencia de que somos pareja, de que lo necesito, o que nos aceptamos, digamos que eso es lo que estoy queriendo aceptar, no sé, él ha cambiado mucho y eso es lo que me tiene contenta en gran parte.

T: Mira, quiero que te escuches, no me estás respondiendo lo que te pregunté, parece que evades las preguntas, te pregunté qué es lo que debe pasar aquí para que no siga siendo igual y me respondes dando vueltas sobre otras cosas.

♀: (silencio) [percibo una mirada de angustia, y un clima diferente].

T: ¿Qué hacer para que ésta no se convierta en una terapia eterna? ¿En una charla eterna?

♀: ¿La vida no es así, un sube y baja? Sí, es cierto, hoy estoy bien, pero un desplante y me tiran al piso.

Luego de estas interacciones se presenta un silencio muy prolongado en que parece claro que no hay más preguntas para formular, ni más pedidos por presentar; entonces se transforma la relación terapéutica establecida hasta el momento. Yo tengo claro que no puedo volver a subirme al carrusel. En esa medida, no sigo a la consultante en sus respuestas frente a su malestar, y ella parece reconocer que no estoy escuchando su pedido, que no estoy validando su relato.

De esta manera, bajarme del carrusel implicó terminar con el proceso, pues ella no estaba encontrando un terapeuta que le diera lugar a su malestar y lo convirtiera en la razón de los conflictos en la pareja. De igual manera, que yo empezara a confrontarla sobre su postura en la relación significaba mostrarle que ella estaba aportando para que el conflicto se mantuviera, y que esas molestias que cada uno le generaba al otro en la relación era lo que necesitaban para sostenerse como pareja. Esta intervención no pudo aceptarla y sintió que la estaba negando desde su pedido, expresando que no encontraba razones para continuar en el proceso.

5. Desde afuera

Es importante mencionar que logro construir estas reflexiones a partir del acompañamiento en supervisión, el cual me permitió una distancia que me generó la posibilidad de observarme en mis interacciones; es decir, en la interacción directa con los consultantes no veía lo que estaba sucediendo, iba montado en el carrusel respondiendo a mis creencias

sobre una pareja estable y duradera, y a mis deseos frente a la continuidad de la pareja, pero no era consciente de ello, por la subjetividad presente en toda relación y por la mirada que puedo construir de los otros a partir de mis significados.

Conviene subrayar que éste es un elemento fundamental en todo proceso sistémico en donde la cibernética se pregunta ¿cómo es posible que observemos y que podamos observar esas observaciones? Allí se hace indispensable apelar a la posición del observador, quien para poder reconocer el sistema, la pauta que organiza, debe tener autorreferencia, es decir, capacidad de volver sobre él, así como sobre sus descripciones y sobre su experiencia, *porque el observador, cuando da cuenta de lo observado, también necesita dar cuenta de sí mismo como observador*. Por ello es importante reconocer la cibernética como una postura ética, más allá de un complejo planteamiento conceptual.

De acuerdo con lo expuesto hasta el momento, el sistema terapéutico establecido y los movimientos generados por los participantes permiten observar cómo las posturas, las creencias y la historia de cada sujeto están presentes en la relación terapéutica y atraviesan la intervención y, por supuesto, la mirada que el terapeuta construye del consultante; por lo tanto, es importante estar atentos a aquellos aspectos del relato que causan resonancia en nuestra escucha. Es necesario escucharnos, pues dichos aspectos pueden estar más relacionados con nuestra experiencia que con el pedido que nos están realizando.

Escucharnos y reconocer que nuestra intervención puede estar mediada por nuestro deseo nos llevaría también a reconocer que no todo proceso es exitoso, que tenemos limitaciones como terapeutas y que también somos responsables y partícipes de procesos que no se resuelven desde el ideal terapéutico; pero que también podemos dar cuenta de ellos, puesto que negarlos implica negarnos un poco a nosotros mismos en nuestra condición humana y en nuestra subjetividad como partícipes de una relación.

6. Referencias bibliográficas

Caruso, Igor A. (1982). *La separación de los amantes, una fenomenología de la muerte*. México: Siglo Veintiuno.

- Ceberio, Marcelo y Watzlawick, Paul (1998). “*Construyendo estilos terapéuticos*” y “*La primera verdad de la realidad última*” en *la construcción del universo*. Barcelona: Herder.
- Cirulnyk, Boris (2004). *El amor que nos cura*. Barcelona: Gedisa.
- Elkaim, Mony (comp.) (1998). *La terapia familiar en transformación*. Madrid: Paidós Terapia Familiar.
- Garciandía Imaz, José Antonio (2005). *Pensar sistémico, una introducción*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Laing, Ronald (1976). “*El sí mismo y el otro*”. *Percepción interpersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lemaire, Jean G. (2003). *La pareja humana: su vida, su muerte su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Manrique, Rafael (2001). *Conyugal y extraconyugal. Nuevas geografías amorosas*. Madrid: Fundamentos.
- Maturana, Humberto (1996). *La realidad, ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos del conocimiento*. México: Anthropos.
- Milmaniene, José E. (2000). *Extrañas parejas. Psicopatología de la vida erótica*. Argentina: Paidós.
- Philippe, Caillé (1992). *Uno más uno son tres*. Barcelona: Paidós.
- Sager, Clifford (1990). *Contrato matrimonial y terapia de pareja*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Whitaker, Carl (1992) Sobre ser terapeuta, en: *Meditaciones nocturnas de un terapeuta familiar*. Barcelona: Paidós.